

DE ZAPATERO A REMENDON

Efectos de la sociedad capitalista salvadoreña en la familia de un artesano

CARLOS TALLIEN

O. PROPOSITO Y LIMITACIONES.

El propósito de este trabajo es hacer un corte vertical en el mundo urbano, a través del estudio de una familia. El "perfil antropológico" de una familia estaría precisamente en partir de una situación muy concreta —la unidad familiar— y desde allí ir descubriendo el sistema global.

Este estudio no quiere ser estático, y como su mismo nombre lo indica, se manifiesta un proceso: de zapatero a remendón. No nos interesan tanto las vicisitudes anecdóticas de un informante, sino más bien las causas estructurales que mueven ese proceso. Este pasar de zapatero a remendón puede señalar dos cosas: la primera, que hay un tipo de industrialización, con capital intensivo, más que con trabajo intensivo, que no puede absorber la alta tasa de nacimiento, ni el movimiento migratorio, y que además, convierte la actividad artesanal en obsoleta y no rentable; de allí que de ser un zapatero se convierta en un reparador ambulante. La segunda, que la condición del auto-empleado hace extraer sus beneficios de gente económicamente superior y mirar con desconfianza a sus compañeros de posición económica y social similar, con los cuales "regatea fieramente en las transacciones comerciales" (Roberts, 1968: 192).

Con todo, a pesar del "divisionismo" de toda esa gente que el sistema ha ido desplazando manteniéndolos en subempleos, trabajadores esporádicos, o en comerciantes ambulantes; creemos en la posibilidad de una toma de conciencia que los unifique como sector muy oprimido, por una parte, y política-

mente siempre despreciado como el "lumpen", como el despojo revolucionario de la sociedad.

Quizás el fruto de esta aproximación al mundo del "Tugurita" es poder planear bien las hipótesis de una investigación más prolongada y no basada en el estudio de un solo caso.

La investigación ha tenido sus propósitos y también tiene sus limitaciones. Una evidente es que se ha hecho a partir del estudio de un caso en una colonia marginal; más aún el caso ni siquiera se escogió con técnicas de muestreo.

En un principio las hipótesis de esta investigación estaban centradas en la comparación de las alternativas que tiene el salvadoreño en la persecución del "recurso", sea como campesino o como migrante a la ciudad. En esa hipótesis de trabajo se decía que la ciudad funcionaba como "válvula de escape" del sistema, pero que era una salida "ficticia" y no estructural, en cuanto no podría absorber la superpoblación campesina. Ahora bien, en la situación urbana la habitación se consideraba como un **handicap** que acentuaba y agravaba la alternativa. En la ciudad, además de tener que luchar por conseguir el acceso al "recurso", se tiene que conseguir una vivienda como algo indispensable para la vida urbana. (Cfr. Bosquejo y Metodología del Perfil Antropológico).

Con todo, por una serie de dificultades circunstanciales tuvo que abandonarse el estudio de la familia que se proyectaba analizar en sus dos núcleos: rural y urbano. Y dada la premura del tiempo

se buscó la facilidad de un enlace para acercarse a una familia tugarita.

Los criterios que guiaron la búsqueda de este informe fueron: 1) migración, 2) sub-empleo, y 3) dificultad de la vivienda. Además, se esperaba de parte del informante, deseo de colaboración en la investigación y buena comunicabilidad.

No sólo por estas limitaciones quizás más técnicas —como es lo referente al muestreo— sino también por el tiempo dedicado: una semana larga de convivencia con la familia, nos parece que más que un estudio acabado, ésto sea un planteamiento más correcto de hipótesis futuras, que requieren ulteriores investigaciones.

1. PROCESO DE AISLAMIENTO Y MARGINACION.

Como ya se ha señalado en las páginas anteriores, aunque se ha estudiado el caso de una familia, sí creemos, con todo, que representa un proceso que tiene su explicación en las relaciones estructurales del capitalismo dependiente salvadoreño; mala distribución de la tierra, la alta tasa de natalidad, y la ausencia de industrias en gran escala o de una burocracia más formal. Todo esto va aislando cada vez más a sectores muy numerosos de la población económicamente activa —de suyo—, hacia lo que se ha dado en llamar el “polo marginal” que está caracterizado “por ocupaciones de muy baja productividad o de productividad decreciente, que no tienen un mercado estable, que sólo pueden proporcionar a sus portadores, ingresos a la vez limitados y precarios e inestables y que en consecuencia sólo pueden acceder a los bienes y servicios de la sociedad de modo muy limitado, fragmentario, inestable o irregular”. (Quijano, 1975: 166).

En ese sentido el sistema aísla y margina a la población. No puede considerarse a este sector “tugarita” como “Ejército Industrial de Reserva” del que hablara Marx; es una mano de obra “marginada” (ibid) que ya no puede ser absorbida: “De hecho no representa un proletariado de reserva, sino más bien una población sobrante que es un subproducto indeseable del sistema” (Lomnitz, 1972: 80).

1. Una biografía que es historia.

Acompañaremos ahora detalladamente la biografía del informante haciendo resaltar los elementos típicos —según otros estudios sobre El Salvador— en los procesos migratorios. De ahí que se trascienda lo biográfico y se sitúe en lo histórico.

“Yo nací en el año 1935 el 26 de enero, en

Tonacatepeque. Mis padres estaban allá. Mi papá se llamaba Pedro Fernández, mi mamá se llamaba Alicia Pérez. Ella era originaria de Chalatenango y él de Cojute. Yo nací en una parte que se llama “Amatitán”. De allí cuando yo tenía 4 años, nos fuimos a vivir en un mesón, de un señor Antonio Alonso, detrás de la iglesia. Entonces cuando llegué estuve estudiando. A los 7 años, en 1o. después llegué hasta el 2o. Cuando tenía 9 años murió mi papá. El murió de una congestión, terminando de almorzar empezó a afilar una sierra y entonces por querer salir temprano, le dió ataque. Se trasladó para la casa. Le dieron como ciento y tantos ataques. Eso fué en 1949, el 13 de diciembre cayó enfermo y murió el 14, fué enterrado el 15.

Después quedé yo sólo y mi mamá. Ella trabajaba donde el cura Antonio Pocasangre. Estando con él, a los 6 meses falleció mi mamá. Ella murió del hígado, un señor que estudiaba medicina la fue a inyectar pero no resistió. El cura me ayudó para el entierro, yo ya tenía diez años.

Sólo estudié 2o. El cura me mandó para su casa. Allí trabajé 3 años. Monté a caballo, aporrí maicillo que nunca lo había hecho. De esos años casi no podía vivir porque ellos siempre buscaban la manera de que yo fuera de obediencia ciega. Yo siempre todo lo he tomado con pulso y con caula” (159 /-1)*

Es interesante cómo el informante, aunque nace en un cantón “Amatitán”, se traslada a Tonacatepeque, en donde vive en un mesón. Esto nos está indicando una familiaridad con la vida urbana desde niño. Por otra parte, sus padres no son campesinos. Según se desprendía de este relato y se confirma con otros datos, el señor es carpintero y la mamá es cocinera de la casa cural. Estos datos podrían hacer aparecer que el caso en cuestión no es típico y no representa la mayoría de los que luego se trasladan a San Salvador. Sin embargo, precisamente, según los que han investigado este tema, no se viene a la ciudad, sin antes haber tenido una experiencia en cualquier poblado con características más urbanas. Así por ejemplo, Alastair White en su estudio sobre la estructura social de las clases bajas en San Salvador, nos dice que aunque no es posible probar, a partir de los datos del censo, que hay un movimiento de gente de las áreas rurales hacia los pueblos provinciales, sí se puede mostrar que la migración a la capital se da predominantemente de los poblados y

* Esos números hacen alusión a la clasificación de los datos del Archivo de la investigación. El signo (-) indica que el material es transcripción directa de la narración del informante. La clasificación usada es la de la Guía de Murdock.



no de las mismas zonas rurales” (Cfr.: White, 1969: 56)

Las condiciones de la familia (no-campesina y habitando en un pueblo) están colocando los requisitos de migración hacia la capital, pero antes tenemos que seguir la biografía del informante.

Aunque inmerso en un mundo rural, don Paulino * vende su mano de obra como un trabajador. No es un campesino, no tiene tierra y gana su dinero yendo a trabajar donde las cosechas lo demandan.

“En Tonacatepeque había otros muchachos de mi edad. Me fui a la Finca San Gotardo, la Morrocota, La Campana. No me gustó por allá. Me dijo un señor que nos fuéramos a cortar algodón a la costa. Hicimos el trayecto desde Santa Ana a pie, hasta San Luis Talpa. (. . .) Después que llegamos a la Hacienda Santa Clara de Simón Tadeo Sol, allí le pregunté a un muchacho que era vaquiano, que se llama Damián Sambrano. Le dije: ¿hay trabajo para mí? ¿Qué sabés hacer? me dijo. Sólo montar a caballo, también conozco el asunto de ganado. ¿Cuánto se gana? 75 diarios y las tortillas. Yo no iba por el dinero sino por la comida. Luego, a los dos meses, me pasó a un corral de chivero. (. . .) Cuando empezamos yo quería aprender a

ordeñar, porque lo que se ordeñaba eran pocas vacas, sólo eran 26. (. . .) Yo ya tenía como 16 años. Estando allí trabajé como año y medio. Me cayó un gran paludismo, me pasé 6 meses. Me quedé de aventador que saca el ganado en la madrugada. Me tocaba salir a la una de la mañana a una parte que se llama Potrero del Infierno. . . a los 6 meses me vine. Ya traía como 250 colones y me vine a San Salvador.” (159/-1).

Precisamente por no ser de una familia campesina, y siendo un muchacho trabajador, por el hecho de que le van dando trabajos mejores, don Paulino puede ahorrar algo de dinero. Tampoco su edad y el ambiente es para que comience a “chupar”. Más adelante lo hará. Si fuera miembro de una familia campesina ese “ahorro” hubiese sido para la comida de la casa. Don Paulino es un vaquiano; es un jornalero, en definitiva. Esta es otra característica de los migrantes a San Salvador. Según White, los migrantes a San Salvador estuvieron preponderantemente dedicados a trabajos no agrícolas. Esto a pesar de que el 80 o/o de los hombres fuera de San Salvador están dedicados a la agricultura (White, 1969: 70). Y de los que sí trabajaban en la agricultura en sus

* Por razones obvias cambiamos el nombre del informante y de su familia, como también de algunos lugares.

informantes —que eran 42— 13 eran simplemente trabajadores sin tierra y 10 eran renteros (ibid: 74).

Con sus 16 años, don Paulino quiere ir a “ro- dar tierras”. Tiene algo de dinero y no tiene obligaciones. No tiene tierra ni parientes. En cierta medida, puede compararse a esos primogénitos sin tierra, de los que habla White, que migran con mayor facilidad (ibid: 70).

En San Salvador, anduvo merodeando solo, no llegó a donde ningún pariente —no los tenía, tampoco— y buscó por sus propios medios algo para hacerse la vida. Llegó a un lugar donde se fabricaban zapatos. Por la descripción, era una fábrica pequeña, un taller de artesanía, más bien.

“Tenía el rótulo con un letrero ‘Calzado Amul’. Entonces allí me quedé yo sentado a la orilla de la puerta, viendo cómo trabajaban los operarios. Pasé mañana y tarde y al día siguiente me dijo el maestro: ¿le gusta el oficio? Sí, le dije yo; se ve que necesita inteligencia. A todo esto, sólo por intuición sabía yo que el sistema de elaboración del calzado era delicado.” (159/-1)

Por esfuerzo propio, y por constancia ante la puerta consigue entrar; sin embargo, no había resuelto el problema de comida. Pero también pasó frente a un comedor y habló con la señora:

“Ella estaba en quiebra. (. . .) sólo tenía frijol y arroz. Me contó la historia la señora de lo que había pasado. Le dije que iba a entrar a un taller y posiblemente aprenda el oficio de zapatería. Bien pudiera —contestó— pero estoy escasa de dinero. Yo tengo 200 colones. Yo se los doy y usted me da comida. (. . .) Tenía plena seguridad que mientras los 200 me ayudaran, iba a estar adelantado para el oficio.”

Luego comienza propiamente el período de aprendizaje, en el que, típicamente, al principio se trabaja sin percibir y sólo después comienzan a ganarse los centavos.

“Empecé a aprender a aprendiz. No tocaba la cuchilla, sólo de mandador; acarrea agua. A las 9 de la mañana me llegaba a sentar sólo a ver, los ratos al medio día me quedaba y trabajaba un poquito. Entonces fue que vi ese señor que estaba allá que era alemán, había venido a trabajar, él era el maestro de obra. El podía el oficio, y él me enseñó. Gracias a él, pues lo que sé, se lo debo a él. Trabajé tres años. En término de 5 a 6 meses yo ya era

operario. Cuando comencé a trabajar ya sacaba zapato para la vitrina.”

Parecería que la migración estaba consolidada, que ya comenzaría a echar raíces. Sin embargo, don Paulino, de pronto, decide dejar el taller; la razón —como otras dos veces por lo menos— es un asunto de “faldas”; “cuando vieron que yo ya trabajaba, la señora del maestro comenzó a tirarme voladitos; cuando vi que la cosa se ponía seria, me fui”. Enseguida, prueba donde Oriani, donde Guerra, luego fue a una zapatería que se llamaba “El Rápido”, pero nuevamente le vienen problemas:

“Estando ahí, empecé a echarme unos tragos; lo mismo por la mujer del maestro; me fui por el lado de San Luis. No llegué sino a la Hacienda Amatecampo, donde Mario Sol, él es hermano de don Simón Tadeo Sol. Llegué y le dije al mayor —ya yo lo conocía desde los principios— ando buscando chance. ¿Y qué hiciste? Aprendí oficio. Yo ya puedo montar y aprendí zapatería. ¿Por qué te veniste? Porque me aburrí. ¡La vida en la ciudad la he sentido sofocada! Entonces fue cuando yo ya me quedé”.

Don Paulino, cuenta entonces con 19 años, los tres años de la ciudad no lo han ‘agarrado’ todavía y siente impulsos de regresar a la vida de “campista”; allí tenía muchos “cheros” entre ellos al Mayor. Por medio de esas conexiones logra llegar a Mayor de Campo, pero como él mismo dice: “no supe administrar”. Su “sistema” consistía en dar muchas ventajas a los otros campistas, haciendo la vista gorda a faltas e incumplimientos, para así ganarse a los muchachos. Cuando tuvo problemas por querer subir el salario, se fue él con todos los mozos a otra hacienda: La Cangrejera. Allí se dedica a amansar bestias, a resultas de ésto se golpea la columna y deja de ser amansador. Luego tiene un desenlace típico de don Paulino, cuya veracidad se nos presenta dudosa:

“En ese tiempo se vino la hija de él (dueño) a pasar unas vacaciones; si no hubiera andado listo, me salgo con un problema, porque ella buscaba la manera de buscar otro hombre. ¡El problema que hasta me vigiaban! De eso me vine porque no quería más problemas, y me vine para San Salvador”. (159/-1)

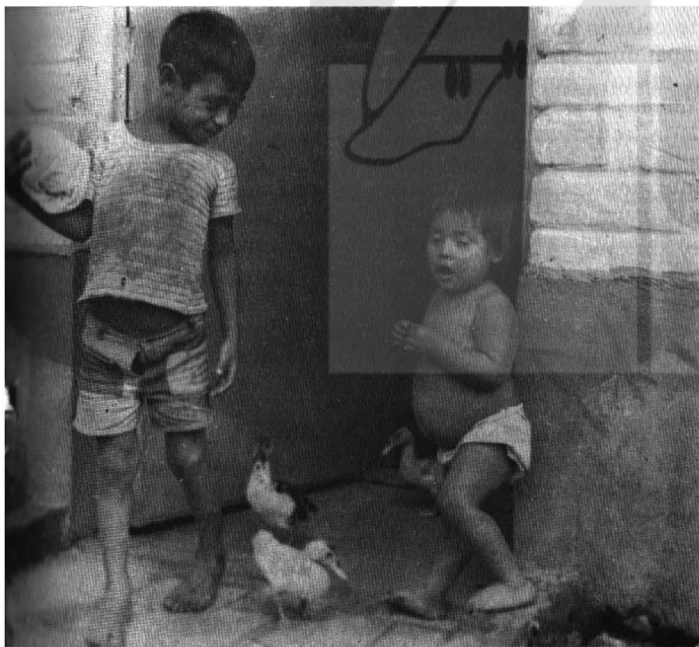
Para ese entonces don Paulino ya ha tenido dos mujeres; las dos según cuenta, eran “nuevas”, pero nunca tuvo hijos con ellas, la razón es que “las sangres no congeniaban” y aclara que no era bueno juntarse con muchachas “porque sólo buscan el físico y al momento ya se acuestan con otro”.

Aunque la ciudad le había parecido “sofocada” vuelve nuevamente, pero ya hecho un hombre “con mucha experiencia”. No es tan aventurero como para ir directamente a buscar trabajo, sino que busca a una hermana de padre, que no la conoce, pero que averigua dónde vive:

“Vine a la Gran Pensión y el siguiente día vine para Mejicanos, busqué a mi hermana y me dijeron que trabajaba en la Panadería La Luna, y la estuve buscando y la encontré al fin. Ella me había visto como a los cinco años y ella no me reconocía. Mi papá me dio estas señas. Yo vivo aquí al lado opuesto de la Policía Nacional, en Palo Verde, ahí vivo en una pieza. Nos venimos y da la casualidad de que me presenté con el marido de ella. Ya el cuñado comenzó con carambadas, un tipo que nunca encajó conmigo”. (159/-1).

En esta segunda venida —la definitiva— a San Salvador, don Paulino actúa como el 60 o/o de los migrantes que tienen parientes, y es quedarse con ellos (Cfr. White, 1969: 108). Don Paulino vive con su hermana y su cuñado más o menos un año que parece ser también la tendencia de los migrantes (ibid: 113). Consiguió trabajo en la Aceitería Corona, donde ganaba 2 colones diarios, lo cual le servía para mantenerse: “Yo siempre me quedaba sin pisto porque pagaba mi comida y dormida”.

“Mi hermana me preguntó por qué pagaba, pero como yo le dije: como no sos sólo vos,



te pago todo, porque al momento que él diga que yo estoy comiendo aquí, no me va a decir que yo no pago. De problemas vengo y no quiero más”.

Es curioso ver que el vivir en la pieza de familiares en San Salvador es una fuente de desunión y de falta de cooperación. Este dato se contrasta con las investigaciones de México, D.F., donde los migrantes son prácticamente “reclutados” por sus parientes con ocasión de fiestas o peregrinaciones, de tal manera, que se puede afirmar que “cada migrante es un agente que ayuda a otros migrantes a establecerse en la ciudad (. . .) Esta ayuda consiste en alojamiento (. . .) alimentos, información, colocación en el trabajo y apoyo moral” (Lomnitz, 1972: 62). Una de las razones de la diferencia es que las colonias marginales del Distrito Federal funcionan como continuaciones de los poblados de la provincia y de hecho la gente de esas colonias no conoce la ciudad de México. Por este motivo pueden mantener mejor el sistema tradicional campesino de producción, que es en base de la unidad doméstica. En El Salvador, por las circunstancias especiales, no sucede ésto; más bien los migrantes tienden a ir primero a barriadas en el centro de la ciudad y luego se van a zonas más extraurbanas. (Cfr.: White, 1969: 115). De allí que una distinción más correcta para el análisis, no es la de rural/urbano, sino la de campesino/proletario para el caso de El Salvador. Pero de esto se hablará más tarde.

Viene entonces un momento decisivo en la vida de don Paulino y es el encuentro con la niña Mila, que será su mujer hasta estos días. La importancia de la unión es que constituirán juntos una familia que tendrá que ir enfrentando unificadamente todas las vicisitudes de una vida en extremo difícil.

“Fue un dos de mayo que yo vi a la muchacha y me dijeron que acababa de venir del Hospital. ¿Dónde vive? Al final de la Buenos Aires. Empecé, pues yo, y a última hora un día platicando me contó que ella vivía con un bolo, pero que le daba muy mala vida. Le dije yo no se meta en camisa de 11 varas no le haga caso a los hombres. No se meta en problemas. El problema es que después de decirle que no le hiciera caso a nadie, yo empecé a cuentiármela”. (159/-1).

La niña Mila tenía entonces ya una hija, y se dedicaba a venta ambulante de cosas. La niña Mila había nacido en Mejicanos, su papá era de Chalatenango y su mamá de la capital. Para el tiempo en que la conoció don Paulino se había separado del “hombre” y estaba posando con su mamá.

“Entonces yo empecé a enamorarla. Total que ya para junio una vez fuimos al cine. Tenía interés el cuñado mío y otro ladrillero. Yo le decía, tenga cuidado Milita, no se vaya a meter en problemas. Ese es haragán. A los principios la enamoraba, pero cuando vi que ellos (los rivales) se estaban peleando, quiere decir, dije, que hay que cambiar de táctica. Yo entré por otro lado, cuando ellos vieron ya vivía conmigo. Mi cuñado me dijo: si te vas ya no vas a entrar. Salimos del cine, y volvimos al cuarto donde ella alquilaba. Entonces le dije yo a la mamá de ella, que me había agarrado la tarde. Fíjese, le dijo Milita, él aquí se va a quedar. Yo no tenía engorro por alojarme. Para mí, dormir en cualquier lugar me da lo mismo. Allí me quedé viviendo”. (159/-1).

Se ve, pues, que otra fuente de problemas con el cuñado fue la mujer. Es interesante considerar cómo con ser su cuñado nunca le dice nada de respeto a su hermana, sino que campean como simples rivales. La táctica de don Paulino fue en vez de “cuentársela” irse con ella, y allí se quedó viviendo. Al poco tiempo la niña Mila quedó embarazada, porque, como le dijo a don Paulino, “yo no he visto luna”. De ese embarazo nace Chepita. Para entonces, don Paulino trabajaba en una construcción como ayudante de armador.

Todo ese tiempo del nacimiento de Chepita estaban viviendo en un mesón:

“Nos salimos del mesón porque había un vecino que era pleitista. En ese mesón pagábamos 18 colones. De allí nos fuimos a donde uno de la niña Clara Avilés. Allí pagamos 24 colones. La razón era que había agua. Vivimos como 5 meses”. (159/-1)

Después de esto vino un “tiempo malo” y se tuvo que ir a cortar café a Santa Ana. Estando allá se entera de que la Chepita tenía un sarampión muy fuerte y se regresa. Allí se encontró —en la súbita venida— que la niña Mila había estado asediada nuevamente por su cuñado:

“Fíjate que la niña está enferma y Jerónimo (cuñado) me mandó este papel. El le decía que la esperaba por la pensión Bogle. Ella le había empeñado un corte (para conseguir dinero). Fui donde mi hermana, y le dije mirá Concha, ¿vos sabés de quién puede ser este papel? Entonces me dijo ella: no sé de quién es. ¡Pues ha de ser de Jerónimo! ¡Esta letra, le dije, la conozco que es tuya, sé hombre! Si no es tuyo, ya me voy a investigar de quién es, aquí nada ha pasado. Pero estas frases me las

vas a repetir. ¡No seas tan abusivo! Si la mujer te gusta, pues está bien, ¡pero no pases sobre el honor de otro hombre! Salió con un cuchillo pero yo también llevaba. Si me suelta un trabón con el cuchillo se lo voy a meter. Salió la comadre, y me paró: ¡dejálo así no vale la pena! Pero a mí me duele que pasen sobre mí. Paráte, la cárcel está llena de tontos. ¡La cárcel está encerrando a los justos y los injustos están quedando fuera!”. (159/-1)

Finalmente, el cuñado deja de molestar, y “ya me respetó”, como decía don Paulino. A esto ayudaba el hecho de que la señora “no daba de qué hablar”.

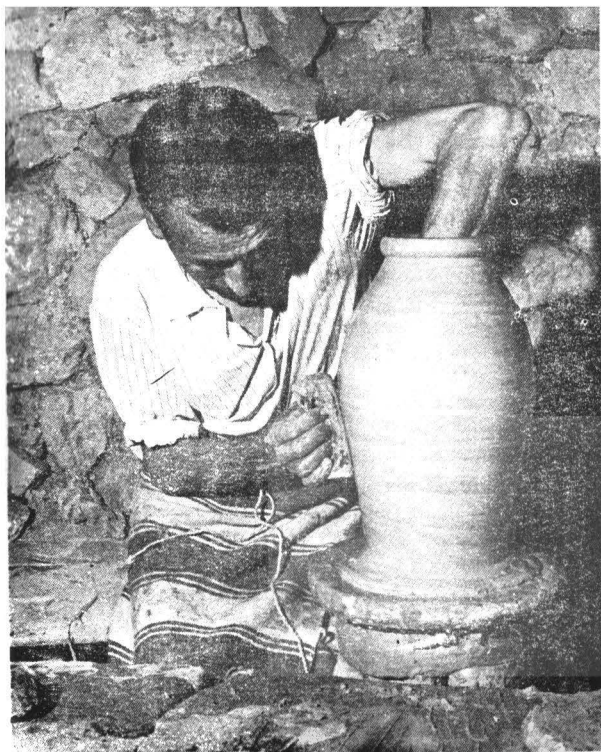
En todo este tiempo hemos visto trabajar a don Paulino en la Aceite Corona, luego como ayudante de armador en una construcción, seguidamente se dedicó por un tiempo a su oficio —zapatero—; sin embargo, el tiempo comenzó a ponerse “feo” de nuevo:

“No se hallaba trabajo de zapatería, porque en el Estado las materias primas no venían. Era la administración de Lemus. No había material. Ellos (zapaterías) no vendían el zapato igual y entonces el oficio se puso malo. Sólo se hacían zapatos de 5 ó 6 pesos. Donde ví que la cosa se puso fea, busqué otro trabajo”. (159/-1)

Junto a este no venir de mercadería don Paulino sitúa la creación o el “auge” de fábricas grandes de calzado como la Adoc, en la cual “no admitían zapateros, sino sólo querían gente que no supiera el oficio”. Aunque pareciera raro, los zapateros difícilmente se los contrata en fábricas grandes donde la técnica está en manos de maquinaria industrial y no en la destreza y pericia de la mano de obra. De aquí que esa industrialización del calzado desplace a la mano de obra especializada, pero artesanal. Una medida utilizada es la exigencia de una escolaridad mayor.

Nuevamente merodea don Paulino, preguntando por aquí, averiguando por allá para encontrar algo:

“Un muchacho me dijo que iba a hacer un horno de panadería. Lo fui a ayudar. El horno todavía estaba caliente. Los hornos mantienen el calor porque la tierra está revuelta con miel. ¡Si usted lo bota —me dijeron— magnífico! Yo empecé a botarlo. Desde las 8 de la mañana hasta la noche. Yo necio botando tierra. A las 8 de la mañana del día siguiente, le dije, hágame el favor de darme unos 10 pesos. Me



eché una tortilla con frijoles y me fui. Otro tesón, otro día sacando tierra. Mi angustia no era comer, sino terminar. Decían que jalando, jalando, eso se botaba en 15 días. Yo se lo terminé en 8 días. Le saqué hasta lo último (. . .) las manos se me reventaron. Son 110 colones que yo le debo —dijo la señora—. Usted sí ha trabajado con ganas y con capricho. Me fui a la casa. De ésto sólo voy a apartar 35 colones, tomá, Mila, 75”.

El mercado de trabajo es de tal manera que permite estas contrataciones ocasionales. Casi siempre se consigue de qué vivir y por lo menos el día. Esta sensación —es más sensación que realidad— la experimentan todos los migrantes. Según White, las mujeres encuentran trabajo más fácilmente que los hombres empleándose como sirvientas, pero aun los hombres encuentran siempre “algo”. Hay experiencia de que “es más fácil encontrar trabajo en la capital”. Como concluye White, es posible que los que no han encontrado definitivamente se hayan regresado. . . (Cfr.: White, 1969: 117).

Al poco tiempo esos setenta y tantos colones se terminaron y comienza nuevamente la angustia, y la búsqueda. Esta angustia está siendo afrontada también por la niña Mila que continúa vendiendo en la calle. De sus ventas saca 2 colones diarios. Vende chicharra, ropa o vende cosméticos. La ganancia viene siendo la misma. Ella aporta también en la economía del hogar, y aunque es poco, sí es más constante.

Viene ahora el momento en que don Paulino pasará de tener una “profesión” como él dice —zapatero— a hacerse un “extensionista” en sus palabras: remendón.

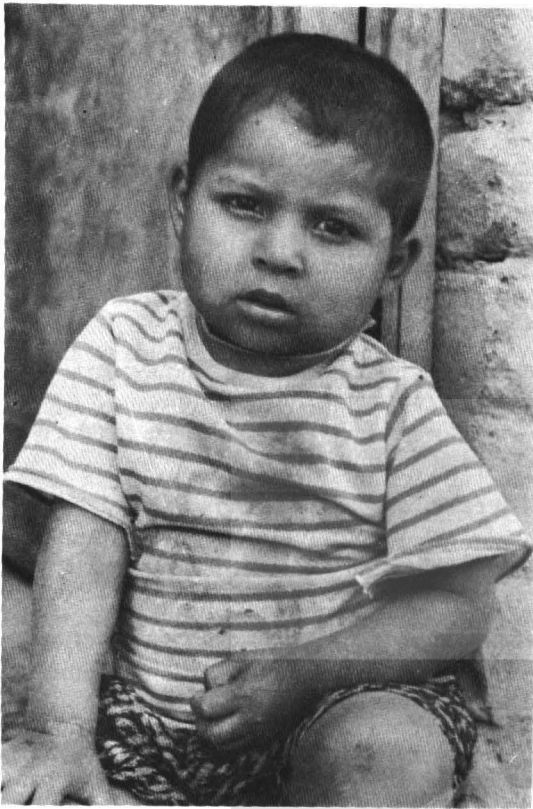
“Me encontré un amigo que venía con su cajón en el lomo. ¡Hacé un cajón y salís a la calle! No, le dije, —yo hasta la vez sentía vergüenza porque yo me imaginaba que eso era feo—. Cuando ya vi imposible encontrar trabajo, hice mi cajón, compré pata de mico, el martillo, la tenaza, alicate —algo ya también tenía— cuchilla, suela, tela, clavo, cáñamo; todo aperado. ¡Ahora sólo me faltaba la gritada!” (159/-1)

Desde esta decisión ya son más de 12 años los que han pasado. Para entonces don Paulino ya tiene 25 años. De esa edad, por otra parte, ya es muy difícil que encuentre trabajo. Las fábricas reciben a muchachos y con más años de escolaridad. El sistema acabó por cerrarle las puertas a don Paulino de obtener un trabajo asalariado constante. Don Paulino ha sido un *bricoleur* (hacelotodo o trapucero) como diría Levi-Strauss, que es capaz de ejecutar gran número de tareas diversificadas y cuya regla de juego es arreglárselas “con lo que tiene a mano” (Levi-Strauss, 1962: 13). La diferencia fundamental con el autor citado es que el *bricolage* del cual se trata aquí es causado; don Paulino no sólo tiene que arreglárselas con lo que tiene a mano, es más correcto decir “con lo que le han dejado a mano”.

Don Paulino actualmente (1975) sigue ejerciendo el oficio de remendón. Vive con la niña Mila que le ayuda vendiendo ropa en la calle, y ya han formado una familia numerosa. Además de la hija de la niña Mila, Ana, quien ha tenido, a su vez, dos niños, los padres han procreado a Chepita, la mayor (14 años), a Juan (12), a Dalia (9) y a Mario (6). Los nietos son Maudi, que tiene ya 8 años y Edgar que tiene 5.

Un hecho fundamental en la vida de la familia Fernández ha sido el Terremoto de 1965. A raíz del terremoto perdieron muchas de las cosas que habían ido consiguiendo con gran esfuerzo de los dos, y con las esporádicas ayudas de Ana, quien de repente consigue una quincena en una fábrica con lo que entran unos centavos más.

“. . . a los 4 meses fue el terremoto. En ese tiempo se cayó la pieza; perdimos todo al quedar al ras. Ahí se perdió la máquina de coser, quedó hecha pedazos. Se me fueron 4 pares de zapatos de una señora que valían como 60 colones. También dos pelotas de fut nuevas que las estaba puliendo. También ropa mía y



de la señora y de las cipotas. Se fueron dos camas, sólo una sacamos. Los trastes, la comida; ¡todo! Ya de la máquina sólo me faltaba una letra, ¡imagínese! Y todavía llegaron a cobrar-me la letra. Señores (les dijo) siento mucho pero la máquina aquí está. ¿Cómo la voy a pagar si ni para comer me ha quedado?” (159/-1).

A raíz del terremoto se trasladan ellos, junto con otras muchas familias, a una barriada marginal, donde pasarán unos 10 años, hasta que comienza un período de desalojo y de migración hacia otros lugares.

La vida de don Paulino deja de ser una biografía y se convierte en historia desde el momento en que representa la existencia de uno de tantos migrantes a San Salvador y que se incardina, por tanto, a los mecanismos del sistema en que vivimos. Recordemos que el número de migrantes en San Salvador, —según nos dice White utilizando los censos de 1961— dentro de la población económicamente activa, es de 54.1 o/o, en los hombres y del 61.8 o/o en las mujeres (Cfr. White, 1969: 36).

Las condiciones previas de la migración están muy bien representadas en la vida de don Paulino, sobre todo en lo que respecta a vida citadina o urbana previa como también a trabajo no agrícola. Desde siempre la experiencia de trabajo para don Paulino

se centra en la venta de su fuerza de trabajo. Aunque en la primera “visita” a San Salvador aprende el oficio de zapatero, esto lo abocará —por el tipo de industrialización y capitalismo— a convertirse en un “auto-empleado”. En ese sentido, fábricas como la Adoc han condenado a don Paulino a engrosar un “polo marginal” de mano de obra que ya es un producto indeseable del mismo sistema; ya no hace las veces de Ejército de Reserva que posibilitaba salarios bajos, y en este sentido no entraba dentro del ‘plan’ fijado.

Si bien, según datos presentados, más de la mitad de hombres que migran pueden obtener trabajo como obreros de la construcción, y las mujeres más de la mitad, como sirvientes (Cfr. White, 1969: 121 y 122), con todo, queda un número bastante considerable de personas literalmente sin trabajo fijo que sólo casualmente encuentran algo que les permite seguir tirando.

En esa alternativa, la situación condenará a gente como don Paulino a no vincularse entre sí, y a considerarse unos a otros como “competidores” —de hecho o virtuales— a la caza de las fuentes de trabajo, sean éstas las que fueren. Son personas que están debajo de una piñata que es quebrada por el sistema de vez en cuando, pero que tiene muchos menos dulces que niños al acecho; los pleitos y las patadas cuentan por cuenta de “ellos”. Lamentablemente, la biografía de don Paulino no es algo esporádico y casual, sino la triste historia de El Salvador y su gente.

2. NECESARIAMENTE REMENDON.

En el apartado anterior nos permitimos extendernos un poco para excusar el tener que ir repitiendo datos. El objeto de esta sección es principalmente estudiar el oficio de don Paulino y de las “técnicas” del remendón de zapatos. No creemos ya necesario repetir cómo don Paulino ha sido obrero de la construcción, ha trabajado en fábricas, se ha vuelto albañil, y finalmente, dejando su especialidad, se ha dedicado —sin otra alternativa— a ser remendón. Esto no quiere decir que no haya buscado trabajo como zapatero.

“Por ser mi oficio así yo buscaba trabajo en los talleres (de zapatería). Me decían: trabajo necesito porque tengo que llevar trabajo, pero cuero, suela, esponja, clavo, cáñamo y el “pega” está muy alto. Ellos (los dueños de los talleres) hacían sus cuentas de que si hacían sus zapatos, ellos sólo le sacaban muy poco. Que lo que gastaban era de 7 a 8 colones y sólo tenían una ganancia de 25 centavos. De eso tenían que pagar casa, los impuestos del agua,

luz, tren de aseo; no les daba. Allí fue donde me quedé buscando trabajo y nunca encontré. Necesito gente (decían) pero mirá como estoy aquí con pedacitos de cueros. O sea que entre el comercio y el gobierno están logrando las ganancias de todo el producto que entraba al país dejando la mano de obra y dejando a la mayoría, aun en fábricas pequeñas, que no podían ya trabajar”. (173/-11)

Don Paulino no contempla esa “marginación” como algo casual, sino que cala las situaciones creyendo ver vinculaciones entre los comerciantes fuertes y el gobierno. Esta situación más crítica para él nace en tiempo de Lemus, por el año 1960.

“En el tiempo de Lemus, había mucho capital e influía mucho sobre el sistema de los gobernantes, porque de allí empezó que le quitaron la tierra a los campesinos. De ahí empezó que las bandadas de los campesinos venían a buscar trabajo. Se le preguntaba ¿y usted de dónde viene? De Suchi; ya no da la tierra, porque ya sólo hacen cañales. Entonces había una balanza que pagaba el gobierno alta y sólo café, azúcar, y el algodón. Lo que buscaron ellos es hacer grandes tareas y manzanas de algodonerías y cañales y arriaron el despido de todos los campesinos y así se encontraba la situación más difícil. La industria de la elaboración del calzado no entran las materias primas y no pasaban en las aduanas (. . .) Fue una administración de 4 años de llorar y lágrimas”. (173/-11)

En el texto antes expuesto se puede apreciar la agudeza del análisis de don Paulino. Recalquemos dos cosas por él señaladas: la vinculación establecida por el “mucho capital que fluía” y la influencia en los gobernantes y, seguidamente, lo que don Paulino llama la “balanza” de productos, que privilegiaba el gobierno y el impulso obvio hacia productos agrícolas de comercialización internacional con su contrapartida; despojo de tierras a campesinos. Todo esto produce flujo de más gente, en búsqueda de fuentes de trabajo, a San Salvador. Por otro lado, hacía notar el informante cómo no se vende cuero a los talleres pequeños de zapatería; en otro lugar decía que la “Mike-Mike” lo compraba más “rápido”. ¿Qué es todo esto, sino la captación del mecanismo del sistema del cual él es víctima, como otros muchos salvadoreños?

Necesariamente, don Paulino se vuelve un simple remendón, a pesar de la vergüenza que le daba convertirse en eso, según comentaba. Hay un impulso de los sectores primarios y secundarios a descartar gente y, por otra parte, el sector terciario no los capta en las instituciones más grandes, sino más bien

en pequeños establecimientos, en donde sus individuos se convierten en lo que Gunder Frank llama “empresarios individuales” quienes “trabajan por su cuenta en tareas como la venta callejera de ciertos artículos, ocupaciones ocasionales y, desde luego, el servicio doméstico. Muchas de esas gentes son pues “capitalistas” literalmente, pero sin capital financiero, ni humano, ni de instrucción” (Gunder Frank, 1972: 194)

Por esta razón no se despierta en ellos la conciencia de “clase”, puesto que son independientes y en el fondo también ‘capitalistas’ dueños de sus medios de producción. Esa quizás es una de las más grandes malicias del sistema que “equipa” a su más radical enemigo, —puesto que no se sabe qué hacer con él—, con lo único que lo puede mantener en cierto modo de su parte y que en definitiva es el meollo del mismo sistema: la propiedad de los medios de producción. De ahí la gran paradoja que para subsistir este “polo marginal” tiene que afiliarse con su enemigo.

Hasta el momento hemos dado casi como un supuesto que necesariamente don Paulino se convierte en remendón, pero también que necesariamente estará en pugna con otros remendones. ¿Pero es que hay mucho remendón en San Salvador?

Es interesante a este respecto hacer notar que, según A. White, en una muestra de un 10 o/o sobre la población económicamente activa (censo de 1961), se muestra cómo en el apartado que él denomina **traditional skills** (especialidades tradicionales) —que eran 2,622 en la muestra— la profesión con más personas era la de albañil, que tenía un número de 486; venía luego los sastres que eran 479, luego los carpinteros con 413 y enseguida los zapateros remendones que ascendían al número de 345 (Cfr. White, 1969: 187). Esto nos indica que el número es considerable sobre todo si nos ponemos a pensar que el mercado de trabajo no es mucho y tiene un carácter esporádico.

Hasta aquí hemos manejado un supuesto cuestionable: que el hecho del autoempleo crea división interna debido a la competencia. El fenómeno es más complejo. Cada uno de esos “empresarios” puede ofrecer diferentes especialidades, por ejemplo: vendedor ambulante, albañil, armador o zapatero. Sin embargo, hay un tipo de “especialidades” —como la del zapatero— que requieren entrenamiento previo y, por tanto, a pesar de tener capacidad de “hacerlotodo” el que es zapatero, fundamentalmente ofrecerá su habilidad tan pronto como pueda. Don Paulino, por ejemplo, se comportó como un “hacerlotodo”, pero finalmente volvió a su oficio o especialidad. En este sentido consideramos que aquí

se combinan dos variables: la especialidad que cada uno presenta y además las oportunidades de trabajo disponible. Si antes manejábamos el supuesto de que la competencia generaba división, al comprender que la competencia se da no sólo porque hay muchas especialidades, sino porque en definitiva todos pueden hacer todo, el supuesto queda ratificado todavía más.

La demanda de mano de obra establece que no es suficiente tener una especialidad, se tiene que ser un hacelotodo si se quiere vivir. Este fenómeno es fuente constante de pugnas por conseguir "cualquier" ocupación. En determinado momento se conseguía trabajo como "armador" más que como zapatero y don Paulino se convierte en armador. Luego la oportunidad es hacerla de albañil derribando un horno y don Paulino se hace albañil.

De esta manera, aun las "especialidades tradicionales" son algo descartado en el momento en que la situación se pone más dura. Todos son bricoleurs, "hacelotodo" en potencia; su trabajo no está determinado por lo que saben hacer, sino por lo que se les permite hacer en un momento dado.

Un paro en la versatilidad lo constituye obviamente la edad. Esta ha condenado a don Paulino a no seguir haciendo de bricoleur, puesto que en las fábricas o en la construcción no aceptan sino gente joven. De ahí que, en el caso de don Paulino, se es necesariamente un simple remendón.

En el oficio de remendón una cosa es difícil: encontrar la clientela. Este fue el primer obstáculo con el que se topó don Paulino:

"Al principio me fui por la Escalón, porque allí era bastante solo. Me fui. Al primer grito salió una muchacha. Mi patrona tiene zapatos pero nadie se los arregla. Salió la señora: arregléme ese par. ¿Cuánto me va a ganar? 10 colones. Arréglemelos. Empecé como a las 9 de la mañana, como a las 12 ya había terminado. Cuando los agarró la señora los vió. Maestro, ¿es nuevo usted de trabajar en la calle? y me dió otro par. Como a las 3 de la tarde terminé. Guardando estaba cuando fue la señora con otra vecina. Salí porque Querelina me lo ha recomendado. Si les ha gustado el sistema de trabajo está bueno, dije yo. ¡Con 20 colones cómo no iba a venir contento! Salgo al día siguiente y sólo gané 8 colones, el tercero sólo gané 5, y el cuarto gané 10 y el quinto gané 25; salí el sexto y 2.50, en el octavo sólo 4.50. ¡Ya el décimo sólo 75 centavos por poner plantillas! Ya no voy a la Escalón. La razón es porque cada quien tiene su zona de

trabajo. ¿Quién me iba a dar trabajo si no me conocían; si ya tenían su zapatero? Yo dije ya no voy a la Escalón, me quedé en la Palmira, de Mejicanos. Trabajaba allí, hasta la colonia El Salvador. Otro día iba a la Centroamérica, a la Costa Rica, otro día a Soyapango, otro día por Tonacatepeque y después me iba hasta el puerto de La Libertad. Viendo que la ganancia me salía igual que sólo en la Escalón, cambié de táctica. Me quedo en la Palmira. Todos los días pasaba a la colonia ganara o no ganara; días que ganaba y días que no". (159/-1).

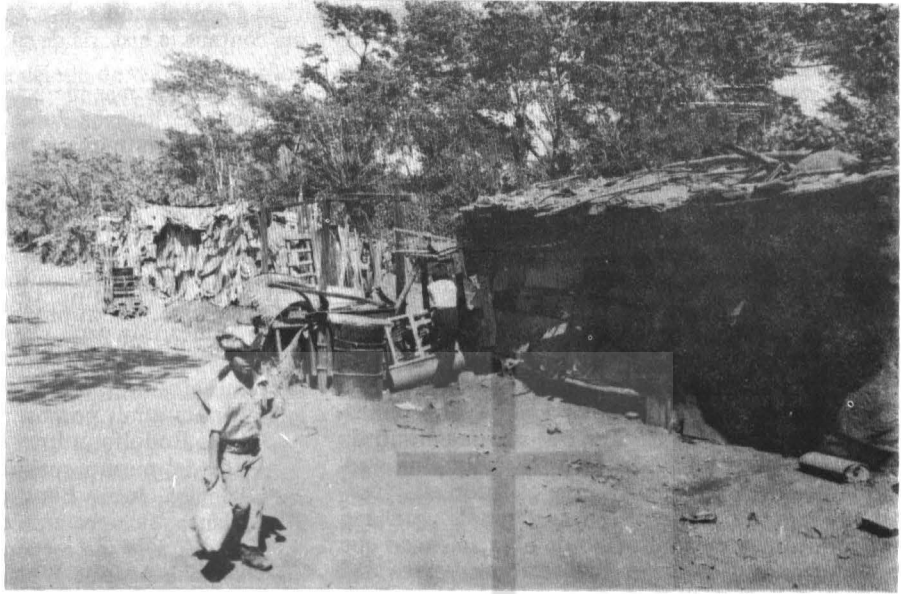
Don Paulino de esta primera experiencia va deduciendo que hay ya lugares que tienen dueños; la Escalón ya tenía sus zapateros. Luego intenta hacer recorridos por varias partes, pero le salía lo mismo, es decir mal —si no hubiese cambiado teniendo que caminar todos los días hasta sitios muy lejanos—; opta, entonces, por poseer una zona lo cual, como se verá, no es cosa fácil. Al principio se hizo de clientes y podía sacar un promedio de 10 colones diarios, que estaba bien, pero comenzó también allí la competencia:

"Empezaron a pasar otros muchachos y empezaron las envidias. Yo hacía los trabajos en 4.50 y los otros a 3 colones. Siempre hay gente que le gusta trabajos baratos. Por último llegaron hasta buscar peleas conmigo. Me salí de esa zona". (159/-1).

Don Paulino tiene que abandonar la zona, porque según él no apreciaban la diferencia en la calidad y por tanto las razones por las que él podía ganar más que los otros. Esto naturalmente creó rivalidades entre los remendones, quienes se aunaron contra don Paulino y le deben de haber hecho la vida imposible, puesto que decidió marcharse. De aquí le vendrá la necesidad de custodiar su zona de alguna manera. Esta necesidad va a ser clave en su vida, por las alianzas que obligadamente deberá contraer.

En la actualidad, don Paulino tiene una zona muy bien delimitada que recorre a diario, consiga mucho, poco o nada; "es como una mujer, decía, que le gusta fidelidad". Tuvimos la oportunidad de acompañar a don Paulino en su recorrido cotidiano.

En determinado momento, don Paulino comenzó a anunciar su oficio —estábamos ya en su zona—: "arr eglar zapatouuo!! Para dar este grito agudo se colocaba los dedos sobre el labio superior. Al comienzo creímos que nuestra presencia podría coartarlo, tanto en el desempeño de su oficio como en las "voces" que daba. Don Paulino riéndose comentaba "usted no me ahueva".



Es muy interesante que don Paulino tiende a salir hacia las doce del día, y la razón es el horario continuado de las oficinas públicas. Antes salía más temprano, pero ahora lo hace más tarde porque, de no ser así, la gente no ha regresado todavía de sus trabajos. La mejor hora es cuando están almorzando —decía— porque están todos juntos en la mesa “y los niños neceyan para que les arreglen los zapatos”.

Otro detalle interesante es que don Paulino se jacta de que él no es de los que “tocan timbres”. La razón de esta frase la explicó así: “si uno toca un timbre está perdido, porque ya mostró la necesidad”. Es mejor —continuaba—, anunciar el oficio y si alguien habla, entonces a la hora de los precios se puede apretar más.

En su recorrido don Paulino va llevando una pequeña caja, como de lustrar zapatos, donde tiene sobre todo los instrumentos pequeños. La caja tiene una pequeña gavetilla donde hay una serie de divisiones para clavos, hebillas, hilo, etc. Su instrumento principal es la “pata de mico” que la arma rápidamente ya que consta de una pieza de acero y un trozo de madera en donde ensarta el instrumento y donde apoya los pies como pedales. El otro es su cuchilla. Nos hacía el comentario de que una cuchilla bien le puede durar un año y la afila una vez por semana, sólo que constantemente, tiene que usar la “chaira” para “voltear” el filo de la cuchilla.

Durante toda su travesía lo acompaña Juan, su hijo de 12 años, quien ya está haciéndose un buen aprendiz. Juan también lleva una bolsa grande de

plástico grueso. Allí lleva el martillo, los alicates, el trozo de madera y la pata de mico. La suela y pedazos de cuero los lleva doblados debajo del brazo.

Este día se hizo “el nombre de Dios” con una compostura de una hebilla de zapato de niño. El trabajo costó 25 centavos. Según don Paulino, era más conveniente hacer el “nombre de Dios” con cantidades bajas que con una grande. Contaba que hacía dos días había hecho el “nombre de Dios” con 5 colones pero ya no hizo nada más: “No es buena suerte empezar bien”, decía.

Este trabajo lo hizo don Paulino en la Bella Vista. Entramos a esa colonia y la anduvimos zigzagueantes hasta llegar al final. En unas casas individuales hizo una compostura y pegó “óvalos” (mitades de suela), luego en uno de los multifamiliares nos encontramos a otro zapatero trabajando. Estaba fuera de su ‘zona’. Ya habíamos visto otros dos antes, y uno de ellos se había escondido al vernos. Frente a éste la actitud de don Paulino fue curiosa; se acercó y le dijo: “¿Ya termina, Maestro?” “Ya casi”, le contestó. Luego comentó: “Debe de estar muy mala la situación porque los zapateros se están saliendo de su zona, buscando trabajo”.

Más o menos al filo de las cinco de la tarde y sin haber comido absolutamente nada desde que salimos, comenzamos a regresar al “campamento” como denominan al sitio ocupado por las ‘champas’ donde vive don Paulino con su familia. Otras veces, don Paulino, sube hasta colonias más arriba. Este día regresó pronto porque “tenía mucho aire el pego” y ya no estaba pegando bien.

Quizás el detalle más significativo de todo el recorrido, además de la experiencia de recorrerlo, fue las relaciones que guardaba don Paulino con los "Vigilantes Privados" que merodean las diversas colonias. Esto, como se verá más tarde, propicia el que los mismos vigilantes le "cuiden" su zona. Se da una relación bien interesante entre don Paulino y los vigilantes en el sentido de que éstos le "espantan" los remendones intrusos y él les comunica un montón de "noticias" del mundillo de los tugurios. Esta relación la examinaremos más tarde.

Lo que hemos analizado en esta sección ha sido que el sistema ha colocado a don Paulino en la situación de ser "necesariamente remendón" por varios motivos que tienen una sola causa: el capitalismo. "La imagen más cercana que podría permitir la visualización de conjunto de estos mecanismos sería la de una tenaza, uno de cuyos lados está constituido por un conjunto de sectores de actividad económica que expulsa mano de obra, mientras que por el otro lado se desarrollan sectores de actividad que no absorben mano de obra o la absorben solamente en un muy bajo nivel de productividad y de ingresos. Una masa creciente de la población de nuestros países está siendo progresivamente atrapada por esta tenaza y constituyéndose en un estrato arrinconado, en un "polo marginal". (Quijano, 1975: 165)

Una de las secuelas de ese polo marginal es el divisionismo entre la gente de un mismo sector económico. Como señalamos, encontramos con datos que presentan una población diversificada en ocupaciones obnubila el problema. No hay que olvidar la condición de "hacelotodo" que manifestaba don Paulino y como él muchos más. Esta versatilidad encontrada no se debe a la posesión de muchas especialidades, sino al resquicio, por el cual, en determinados momentos, el sistema capta mano de obra. La versatilidad tenía también sus límites. En el caso de don Paulino lo constituía la edad. A los 47 años tiene que ser "necesariamente un remendón".

3. AUSENCIA DE PARIENTES Y AMIGOS.

No ha quedado quizás claro en el trayecto de este trabajo la poca o ninguna ingerencia que en la vida de don Paulino ha jugado su familia; algo similar se podría decir de sus amigos. Las razones por las cuales la familia y las amistades no son algo relevante en la vida de don Paulino se han venido insinuando; sin embargo, creemos que es un problema digno de analizarse mejor, sobre todo porque es a través de las amistades y de los parientes como puede cohesionarse y amalgamarse un sector socio-económico tan "desunido" como es este "polo marginal".

Comentando sobre este respecto don Paulino me contaba la historia de su familia.

"Del que más me acuerdo yo es de mi abuelo que se llamaba Julio Fernández Montenegro. Mi abuela Bárbara Angélica Rodríguez, papás de mi papá. Esos sí los conocí yo. Mi abuela era de San Pedro Ostuma. Vivieron allí en Cojute. Mi abuelo murió allí, y también mi abuela. Mi papá nació en Cojute en 1887. El tuvo un hermano que se llamaba Regio Fernández, otro Anacleto Fernández. Mi tía Morena Fernández. Mi papá Pedro Fernández. Yo tenía 8 años cuando fui la última vez a visitarlos a mis tíos. Después volví cuando tenía 14. Allí conocí a mis primos. Allí conocí a Regino hijo, a Rodolfo, a Juan José y a Julio César. Todos del mismo apellido. La mamá de ellos se llamaba Julia. Ellos viven en el Valle Flor Blanca, siempre en Cojute. Por el lado de mi mamá, sólo me recuerdo de mi abuelo que se llamaba Agapito Pérez, él era de Chalate. Allí nació y allí murió. Tengo una tía hermana de mi mamá que se llama Mercedes, hijos de ella, la mayor se llama Esperanza, ella tiene como 20 años que no los veo, a la Esperanza y a la Vilma. La última vez que vi a mi tía es hace 20 años. No supe de ella. Mi mamá se llamaba Eugenia Pérez, nació en Chalate también. (. . .) Ella regresó a Chalate donde su hermana la Mercedes y mi papá llegó a Cojute, porque lo habían llevado a hacer una casa. (. . .) Se fueron conociendo hasta que al fin llegaron a amarrar. (. . .) Mi primer hermano se llamaba Tomás, el segundo Julio, el tercero Mercedes, el cuarto Alejandro y el último fui yo. Todos los hermanos murieron chiquitos; sólo yo me quedé. (. . .) Mi papá sí tuvo hijos con una señora que se llamaba Concepción Lacayo de ahí nació una hermana que se llama Concha Lacayo Fernández. De ahí a los 5 años de haber nacido esta Concha, se dejó a la señora y se juntó con otra que se llamaba Macaria Villa. De ahí nació el hermano que se llama Manuel Villa Fernández. Con él al año, a los dos años, a los seis meses, nos vemos. El vive en Tonacatepeque. La Concha tiene como 13 años de haberse ido para Santa Ana, pero no sé si se ha ido para Guatemala porque tenía ganas de irse para allá. De los hijos de Manuel, tuvo uno que a los 12 se murió que se llamaba David Antonio. De ahí hay otro con otra mujer, que se llamaba Luis Villa Pérez, la otra se llama Carmen Villa Pérez. De la Concha el primero se llama Edgardo, la hembra se llama Marina y otra niña que no se la conozco", (602/-7).

Aunque el texto es bastante largo a cualquiera

le podría llamar la atención que son en realidad muy pocos parientes los que conoce, y por otra parte que aunque los conoce los ha dejado de ver muchos años atrás. La genealogía de don Paulino es pobre en profundidad y en extensión, pero sobre todo en interrelación social. Esto es quizás lo más significativo.

En México, los mecanismos que tienen los pobladores para suplir la falta de seguridad económica son precisamente las "redes de intercambio" basadas primordialmente en el parentesco. De modo que se puede afirmar que la organización social de la barriada —en el caso de una colonia del D.F. está basada en un conjunto de redes familiares que se van congregando y disgregando mediante un proceso dinámico. (Cfr. Lomnitz, 1972: 67). Más aún, en el caso presentado por Larissa Lomnitz, en una red familiar todos los hombres son pulidores de lápidas, en otra todos son panaderos; en otra albañiles y así sucesivamente (Ibid:61).

Una de las razones que pueden explicar este contraste con el caso mexicano es que la barriada reproduce, en cierta medida, patrones económicos campesinos en los cuales la unidad de consumo es igual a la unidad de producción. Los que gastan y comen son los mismos que aportan. La otra razón obviamente reside en la gravedad y nivel del "polo de marginalidad" que en México, D.F. relativamente tiene que ser menor que en El Salvador, con una tasa de natalidad tan alta, y sin la industrialización ni burocracia mexicana.

Por estos motivos creemos que el contraste fundamental en El Salvador no está en la contraposición rural—urbano, sino más bien entre campesino—proletario.

Si don Paulino hubiese venido de un mundo "campesino" probablemente le ubiese funcionado de otra manera su concepción de la familia; se hubiera relacionado más, como en el caso del D.F.

Pero la carencia de una matriz campesina en la historia de don Paulino no explica todo el fenómeno de la falta de interrelación familiar. La familia, en el caso presente, ofrece de hecho, posibles contrincantes. El alto grado de competencia es aquí la raíz del problema y lo que hace a este sector incomparable con sus paralelos en otros países de América Latina. Don Paulino nos narrará a continuación por qué razones no se relacionan tampoco con los parientes de la niña Mila:

"El primer desacuerdo de donde se desencadena todo es porque entre la familia de los primos de ella, todos han tenido un sistema de mezquindad que ellos nunca han buscado la manera de ayudarse sino que el que le vaya bien, pues bien; y el que mal, pues mal. Ella en una ocasión buscó una prima, cuando nosotros nos hallábamos en escasos recursos económicos. Por recurrir a eso ella le negó ayuda pudiéndosela dar. Y todos por el estilo han tenido el sistema de mezquindad. Siendo primos



hijos de dos hermanas. O sea de que lo que yo pienso es que tienen un complejo de superioridad. Ellos tienen una posición no alta, pero toda la vida han tenido un orgullo vano. Uno de ellos es zapatero, alistador, el que hace la capellada (forros del zapato), el otro es zapatero, alistador y montador, se llama Napoleón. Guadalupe, esa es costurera, la otra prima ha sido vendedora en pequeño. Ellos viven en la colonia Jardín; nunca nos vemos." (602/-7)

Si ya decíamos que el ser un "hacelotodo" tenía su contrapartida en crear divisionismo, esto se agudiza cuando se contraponen personas del mismo oficio y, aún más, de la misma familia. Don Paulino no quiere saber nada de sus parientes políticos por su "sistema de mezquindad", por su "complejo de superioridad". En el fondo subyace una envidia y una competencia bien manifiesta. Otro detalle interesante es que la otra "prima" es, como la niña Mila, vendedora ambulante. Todas esas razones pueden estar determinando la ausencia de parientes en la vida de la familia de don Paulino Fernández. No es una simple ausencia, ésta tiene una gran explicación: competencia. Ni en los momentos difíciles se supera ésto, según podemos comprobar por otros datos que nos diera don Paulino.

Algo semejante pasa con la red de amigos. Una red puede ser definida como un campo social constituido por relaciones entre personas. Los criterios de relación pueden ser de proximidad, de distancia social y de intercambio de bienes y servicios. Ahora bien, don Paulino hace una diferencia bien clara entre "amigos" y "cheros". Para don Paulino el amigo es una cosa muy especial.

"Para mí un amigo es aquella persona que cuando lo busco en un momento de necesidad puedo encontrarlo porque él me ha encontrado, o sea una relación entre un bien y otro bien. De esos prácticamente son nada más que uno. Ese se llama Rafael López. Si él tiene me presta, si él tiene me da; es el único. (. . .) Mi amigo trabaja en una imprenta. Qué puesto tiene, no sé; sólo se que trabaja allí. Es muy educado, tiene un espíritu alegre, es un muchacho que para él no hay enojo. De lo que se le platica se pone a ver si da algo. Tiene un sistema que comienza a buscarle algo en bien siempre para otras personas. Es muy cooperativista, tiene mucho anhelo de ayudar. No sé si tiene alguna religión; pero evita mucho de desearse. Pero él es el único amigo en todo. Yo lo conocí porque vino a vivir en el campamento hace como 7 u 8 años. El es de San Vicente y tiene familia. El parece que no gana menos de 200 colones. Además ahorra mucho

y es socio de una Cooperativa. Creo que es de una cooperativa de los Caballeros del Santo Entierro. El vive aquí mismo en el campamento. Yo llego donde él, él casi no vive por aquí. Le hago una pregunta o algo así. . . Es muy raro que venga por el sistema de trabajo porque ya viene muy noche. Tiene como 35 años." (572/-8)

Permítasenos desglosar un poco ese texto tan lleno de reverencia y aprecio por el amigo, para desentrañar las relaciones sociales. Don Paulino encuentra en don Rafael un verdadero apoyo: "si él tiene, él me presta; si él tiene, él me da." De esos realmente sólo hay pocos en un mundo de tugurios como es la barriada en donde fueron a parar no sólo gente económicamente de muy bajos recursos, sino agravados por el terremoto. Encontrar un prestamista "amigo" es algo muy digno de respetarse y cuidarse. El puntal económico del apoyo que don Rafael brinda es su trabajo seguro en la imprenta. Parece ser que es un operario con un trabajo fijo, cosa sumamente envidiable en el mundo de don Paulino. Ahora bien, la posición de don Rafael no valdría nada si no tuviera ese espíritu y ese anhelo de querer ayudar. En un mundo de usura al 25 o/o diario, encontrarse una persona de confianza es algo incomparable. Pero de estos sólo hay uno; "es el único".

"Amigos en el sistema de relación de pláticas, hay muchos (. . .) Cheros, ay Dios, ¡a montones!" (572/-8).

Don Paulino —es cosa notable al sólo llegar al campamento— conoce a medio mundo y les conoce los nombres y todas sus señas, también a su casa llegan muchas visitas y le piden siempre consejos:

"Conocidos sí tengo muchos, porque tienen problemas y hay que darles consejos. Yo no hallo cómo hacer, me dicen, yo digo: ¿ya viste la causa? sí, ya la vi. O si no: ¿dónde fue la lesión? ¿cuántas son? O si no: ¿hay testigos?, si no hay, tenés que encontrarlos; sí, hombre, pagáles, los de a favor tuyo pagáles el día. Tenés que decirle vos, cómo te salieron en una quebrada, en lo oscuro; buscáte un bachiller y él le alega en defensa propia. Buscáte uno que sólo te cobre 100. A los cuatro días o cinco: ya me salió bien el volado, y ya salió aquel. . . Así es como se relaciona uno con los conocidos." (572/-8)

Don Paulino tiene mucha gente que le platica, le consulta. El, como se habrá podido dar cuenta el lector, es un hombre muy listo, muy sagaz; y claro, está aprovechando todo el conocimiento que tiene de la ciudad, de las noticias, de las instituciones pú-

blicas, para crearse un ambiente de liderazgo que lo ha demostrado con hechos, puesto que lo han elegido varias veces como representante en diversas comisiones que han creado en el campamento para fines específicos, como fue entrar el agua o alentar los comités de vigilancia del mismo campamento. Esta misma tendencia ya la mostraba cuando en la Hacienda Amatecampo creó una especie de 'camarilla' que una vez que él salió se fueron detrás siguiéndolo.

Don Paulino obtiene poder de todos los consejos que da, y a su vez, la información es un gran mecanismo de control y de neutralización de fuerzas entre el mundillo del turgio donde hay muchos ladrones y pasadores de marihuana. El saber la "vida y milagros de todos" da seguridad y defensa de unos frente a otros. Pero quien más sabe, ya de defensa su saber se convierte en incipiente fuente de poder político interno.

No hay que ver más de la cuenta en esas redes de "información" que en definitiva son las establecidas entre don Paulino y sus circundantes. Esa red presta ayuda a unos y poder al otro, pero no crean una verdadera fuente de intercambio de servicios, fundamentalmente porque no pueden ayudarse dos que están en pésima situación; "si un ciego guía a otro ciego. . ."

En la misma jerarquía mira don Paulino a los "compadres". Al comenzar la investigación nos proponíamos la hipótesis de que el compadrazgo tendría una gran ingerencia en la vida social de la familia. Como se verá luego, sí la tiene pero con otros "padrinos" y a niveles muy diferentes.

"Yo tengo compadres porque yo los he buscado. Primero lo veo en el sistema de la persona. Para mí no cabe el sistema de la posición, sino en el sistema de conducirse de la persona; de un respeto. (. . .) Yo he seleccionado a los compadres. (. . .) Para mí no significa nada el compadre. O sea de que como dicen la costumbre se hace ley. Así es como se ha venido formando eso de los compadrazgos. La relación de los compadres como que ha venido de la religión católica. No sé de donde viene, pero los curas siempre piden al padrino o la madrina; los eclesiásticos han buscado como para seguridad para ese niño. Meten eso dentro de la doctrina y lo hace una ley. Es allí donde toman que el compadrazgo debe ser respetado. Los compadres vienen aquí para visitarme. Yo no los visito porque para visitarlos tendría que perder bastante tiempo." (572/-8)

Don Paulino, con la percepción que le carac-

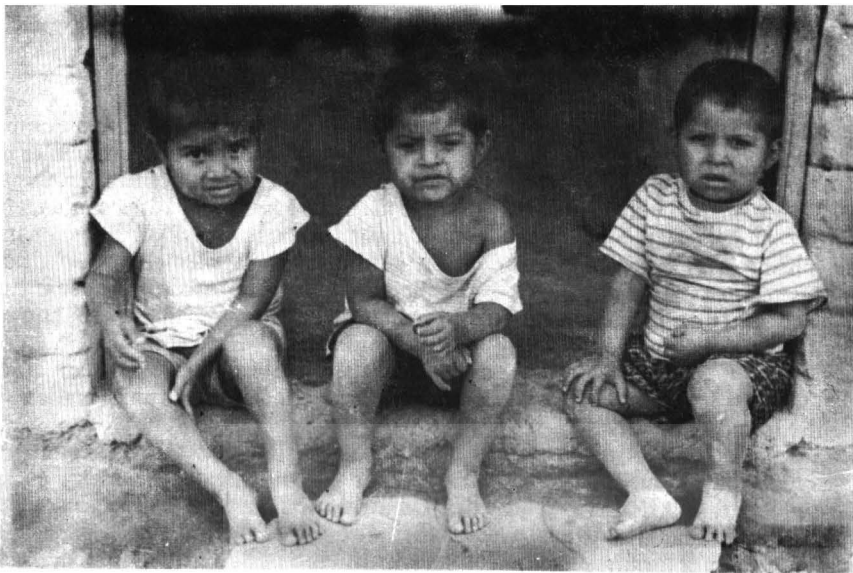
teriza, analiza de dónde viene la fuerza del compadrazgo, también obvia la dificultad de pretender establecer alianzas por posición económica, principalmente porque de hecho sus compadres son exactamente de su misma extracción social. Relacionarse con ellos en definitiva es "perder el tiempo", porque otro beneficio no logra. Aunque en analizar este sistema de parentesco artificial es tan agudo, con todo, —como se verá luego— don Paulino caerá en redes más sutiles, pero que en definitiva lo sitúan en franco compadrazgo con las clases más pudientes.

Don Paulino no establece relaciones familiares primeramente por una especie de "herencia" sociológica de la matriz proletaria de la que viene, más aún, sus parientes —por lo menos de una parte también los que viven en San Salvador— comparten su misma profesión y el mismo oficio de su mujer; son competidores en definitiva. Entre los amigos, don Paulino sólo hace aparecer uno en quien verdaderamente confía, todo los demás son "cherada" a quien aconseja, y de quienes obtiene información que luego le servirá mucho en las relaciones que establecerá con gente de otra clase más alta. El compadrazgo en definitiva no crea sino "atrasos", en palabras también de don Paulino.

Parecería que la ausencia de parientes y amigos es pretendida. No es que don Paulino sea un hombre anti-social; todo lo contrario. Es otra de las consecuencias del sistema. Sólo hay una tabla de salvación en esta pugna por la vida; la voz es de "sálvese quien pueda", y esto crea un ambiente de división y en el mejor de los casos de absoluto desconocimiento de la vida de los demás. Ahora bien, el que "cada quien haga su vida" es un imperativo muy curioso y está en contradicción con la misma esencia del hombre que tendría que aliarse para superar con el medio; para sobrevivir. El sistema, con todo, ha llegado a tales puntos de opresión, que ha hecho renunciar al hombre de las expresiones —las más profundas— de lo que es la vida humana.

En el caso de don Paulino si estuviera rodeado de parientes, simplemente sólo se empeoraría la situación. Si las redes sociales fuesen como en otros lugares, no sólo de información sino de entrenamiento para los empleos, de préstamos, de posesión de bienes en común, de servicios y de apoyo (Cfr. Lmnitz, 1972: 74), la familia sucumbiría. Esta vida se hace mejor solo que mal acompañado.

La ausencia de parientes y amigos quizás quien más la reciente en definitiva, es don Paulino y sus hijos.



4. UNA FOTO DRAMÁTICA EN EL PAÍS DE LA SONRISA.

Hasta ahora hemos venido presentando a don Paulino, su vida, su trabajo, sus parientes y sus amistades queriendo descubrir el sistema que está detrás de todo ello; lo que lo condiciona, en definitiva, lo que lo hace estar así. Esto, como es natural, no es una imagen envidiable, es algo que se presenta como el despojo de la sociedad en que vivimos. La imagen de don Paulino Fernández y su familia queda redondeada viendo dónde y cómo vive. Realmente es una foto dramática.

El "campamento" establecido a raíz del terremoto de San Salvador constaba de 315 familias hacendadas en un espacio bien limitado de terreno, sin ninguna clase de servicios más que tres chorros de agua y un barranco donde pasa una quebrada para hacer las necesidades. La superficie es plana y durante el invierno tiende a crear una serie de lagunas alrededor y dentro de las cuales están las casas hechas de cartón con pedazos de láminas. Don Paulino llegó allí proveniente de otra colonia:

"Fue cuando comunicó por radio el Comité de Emergencia que todos buscaran sitios baldíos y que no buscaran mucho donde hubiera alambre sino donde estuviera limpio. (. . .) En ese tiempo había surgido una ola de delincuencia; todo era zozobra y descontrol." (159/-1)

Se crea entonces una directiva y se empezó a trabajar con el sistema de ayuda comunal. También se estableció Comité de Vigilancia para custodiar las diversas casas contra los ladrones. No había luz y por la noche se desaparecían muchas de las pertenencias, luego vinieron campañas de limpieza, se

edificó una Casa Comunal. Seguidamente comenzó el afluir de Instituciones gubernamentales. El IVU fue una de ellas. La presencia de esas instituciones, como dice Roberts, más bien obedece a necesidades de otros grupos urbanos y organizados que intentan reducir los riesgos e incertidumbres en su encuentro con los pobres, más que utilizar tales organizaciones para los pobres mismos (cfr. Roberts, 1973: 194). Una situación como esa se presta para la política sucia, para prometer todo y apaciguar unos ánimos justamente desafortados.

En ese campamento se juntaron personas con unas 12 clases de empleo. Venían de diversísimos lugares y, por supuesto, no tenían entre sí sino una gran desconfianza y un enorme recelo. Sin embargo, se logran crear los comités, se divide el campamento en zonas (4) y se comienza una vida "para mientras" que durará 10 años hasta que los dueños decidan poner punto final y mandan desalojar. En la actualidad quedan muy pocas familias.

Al correr de los días y los meses comienza un conocimiento que tiene bases muy reales puesto que se patentiza en el apoyo y la cooperación en llevar adelante la Escolta para vigilancia, en construir la Casa Comunal, entrar el agua, etc. Esto también única, de alguna manera, pero sin que se establezcan redes sociales horizontales; cada quien dice don Paulino "vivía su vida".

En un mundo de muy bajos recursos es el lugar ideal para todo lo que la sociedad juzga como **deviant**, como desviaciones o extravagancias que no "dicen bien". Entre esto pueden enumerarse la venta y consumo de licor clandestino, el cultivo y pase de marihuana, los salteadores, etc. Es el mundo del tugurio que se defiende también del exterior hasta por medio de un lenguaje muy específico: el caló, el

caliche, etc. Son jergas todas, cuya función principal es encubrir y hacer notar la membrecía no sólo a una región sino a una "especialidad"; así por ejemplo, como me contaba don Paulino:

"Clases de calós vienen apareciendo como unas cinco. Una, el caló que ocupan los vendedores de aguardiente clandestino, otro caló es el del vendedor de yerba, el otro es el de bruero, el otro el de posero, el otro es el del brincador. El del clandestino, el vendedor de chaparro, su modo de vender para alguien relacionado, le dice: necesito un mitapis, pero ahora no hay del de fuera, sólo del de dentro, ¿a cómo dan el charral? Lo que quiere decir el charral es la botella. Tiene cuernos, es que no está ahumada. Al trago también le dicen el de "pelos", y es porque lo hacen de maicillo y el maicillo tiene ajuate. El chaparro cuando es bueno es mejor que el guaro del otro. El maíz con el dulce lleva mejor, porque no tiene ácido. (. . .) El de la yerba de un año para acá han cambiado todo lo que es el caló. Antes tenían sus derivados: el cigarro lo llaman cisne, porque es blanco. Ahora dicen brasa porque se quema y da calor en la cabeza. El que vende la libra le dice lata, a las siembras le dicen crillas o cachorros, cuando le llaman crías es porque ya está grande y al revés. (. . .) El bruero es el que roba cosas de carros a media noche. . . sólo busca radios, baterías, espejos, y de lo que encuentren adentro del vehículo. A la batería le llaman sonora porque con baterías cualquier carro hace ruido. Al espejo le llaman retrato, a las copas les dicen discos. (. . .) El posero es un delincuente que se le llama "mano suave" porque se dedica sólo a robar en los buses. Ese para meter la mano a la bolsa del pasajero se cubre. . . Le metí el dos de bastos al pozo y le saqué el cuero. Al dinero le llaman luz. ¿Hallaste luz? ¿Está oscura! El brincador es el que asalta en la calle (. . .) Cuando uno se relaciona más en el campamento conoce a todo tipo de personas unos que són delincuentes, otros vendedores, y otros que son ladrones internacionales." (198/44)

Esa información tan "folklórica" podría continuarse, pero aquí sólo nos interesa recalcar el ambiente del mundo tugarita. Ver esto como "antros de perdición", es contemplarlo precisamente con los ojos de la ideología dominante, que se escuda tras los efectos para que la verdad no hiera. Sin embargo, es parte de la fotografía del medio-ambiente donde vive don Paulino.

El tipo de relaciones obviamente se compren-

de mejor que sean de defensa de uno frente a otro y de conocimiento de las acciones de los demás como mecanismo de protección contra chantajes y enredos. Con todo, hay una especie de código que rige y que marca el "hasta dónde" de la propia acción.

"Aquí se acostumbra que si están haciendo alguna bulla se dice: no estén molestando porque les va a salir peor. Aquí se acostumbra que mientras no se hace ningún daño ninguno se "sopla". Aquí nadie se interesa por andar soplando. La policía sólo viene a dar aquí, pero como a mí no me hacen daño yo digo no se dónde vive. Si logro verlo le digo: te busca la tira, si no has hecho nada quedáte, si no, peláte. Raro es que la tira venga en el día". (198/44)

Esa ley implícita es la ley de la vida. El robo no se considera como algo malo porque precisamente puede ser un modo de vivir, y entonces es aceptable como lo es la venganza de sangre dentro de los sicilianos.

La última razón de estas jergas es protegerse contra una sociedad que castiga al que roba cosas pequeñas y no castiga al que obliga a ser un cartarista. Ahora bien, los 'calós' cambian continuamente porque urge la protección.

"Según veo yo esas palabras aparecen de una mafia grande, entre cada uno de ellos hacen sus reuniones para darle el significado de cada cosa. Siempre todo robo es planeado, hacen su plan. El lenguaje es para protegerse. Así hasta delante de la policía pueden robar y no se dan cuenta." (198/44)

Don Paulino vive ahora en una pequeña "champa", pero en el transcurso de su vida ha tenido otras muchas experiencias de vivienda. Lógicamente él ha establecido las diferencias y las ventajas de ello.

"Vivir en mesón tiene sólo una ventaja; todo lo que es asunto de comida, o sea comprar la alimentación, o también por las vías de los buses. Todo está mas cerca. Pero ya para vivir en esos mesones se vive en una estricta vigilancia del dueño del mesón. (. . .) Para vivir en mesones requiere mucho cuidado. Lo primero es no visitar al vecino. Y lo segundo tener bastante sumergidos a los niños. En los mesones sucede a diario que los pleitos aparecen no por los adultos sino por los niños. (. . .) De ahí que la mayoría de los desalojos es por los niños. La razón de no visitar al vecino es porque muchas veces cuando llega a donde un vecino, le gusta

mucho criticar a otro y empieza ya en críticas y son amigos del que están criticando. Eso sucede que en una ocasión ya salen a relucir de que fulano habló del otro y que lo dijo fulano de tal; ¡chambres! No se puede visitar al vecino frecuente, porque si uno no tiene nada que hacer o no tiene comida, mejor es encerrarse porque el vecino ni le da y además lo critica.” (362/-33)

Las desventajas del mesón son la estricta vigilancia del patrón y el tener que convivir con vecinos de muy cerca y compartir con ellos los servicios comunes como son inodoro y pila para lavar. Todo eso produce chambres que no llevan a nada: “el vecino ni le da, y además critica”.

También don Paulino experimentó vivir en casa sola; allí dice don Paulino que los niños podían andar jugando y quedaba todo cerca, también tenía agua y luz pero la condición de todo esto era una renta mucho más cara, por esta razón vivió muy poco en “casa sola”.

Pero en la actualidad don Paulino vive en el “campamento”;

“Viviendo en el campamento, ya se vivió con más impulso y con más pulso. Pulso en la razón que estamos revueltos; no había límites y de repente un niño de una zona se venía aquí. Aquí nadie le podría decir andáte. No había ese derecho. Pero aquí ha sucedido vivir igual como se vive en un mesón. Aquí tampoco conviene relacionarse con los vecinos, por la misma razón; la razón de la crítica. El sistema de relacionarse con las personas aquí, es que en el momento de que alguien se encuentre en un apuro, en caso de emergencia; se le da. Ahora la relación que ha habido más aquí, es cuando se ha propuesto algo en bien de la comunidad. Otra ha sido cuando se han hecho algunas sesiones para el bien de los mismos moradores. Después de eso, no puede haber otra relación a menos de que tenga un vecino o algo lejano que uno le conozca su carácter y su sistema.” (362/-33)

El punto de comparación con el mesón reside en el temor de la “crítica”. Don Paulino no habla de la observancia y recelo del propietario, pero también en el campamento hay alguien que es el propietario y han tenido que salir cuando éste ha querido. El “sistema” de relación social es precisamente no entablarla. Las acciones “comunitarias” han consistido en apoyar iniciativas de mejoras al campamento. Más allá de esto “no puede haber otra relación”. La comparación con los parientes y amigos, tiene que darse también con los vecinos de las champas.

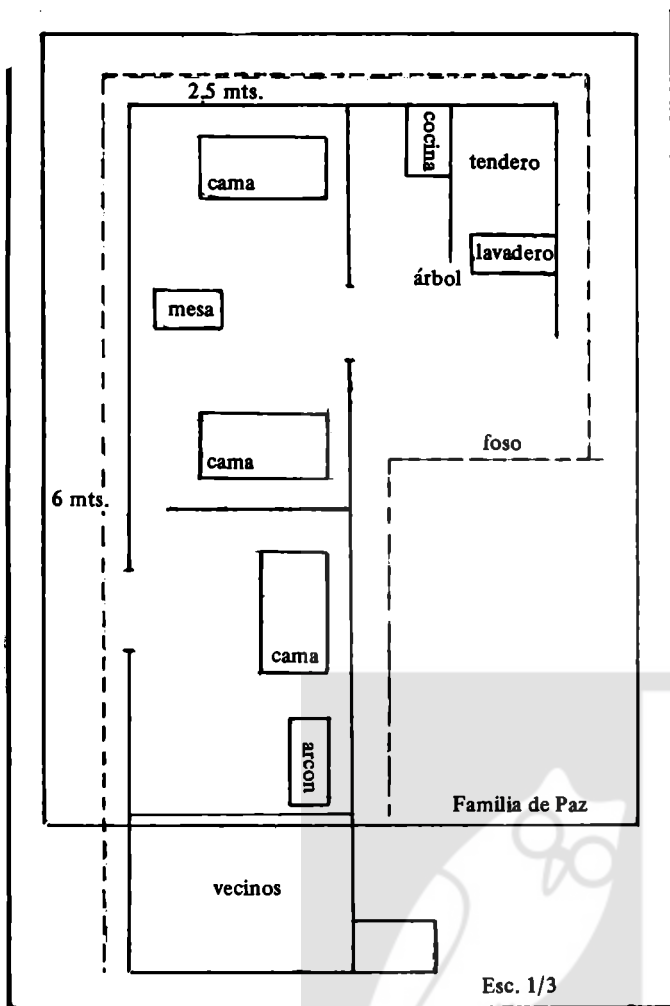
Entre ellos no pueden compartirse sino sus desgracias y llega un límite en poder sufrirlas y aguantarlas.

La casa de don Paulino se parece mucho a las otras. La champa es alargada. Tendrá unos 6 metros de largo por 2 y medio de ancho. Es de lámina que la consiguieron por medio del Comité de Emergencia del terremoto (Ver figura). Todas absolutamente las paredes son de cartón, algunos de los cuales también son del tiempo del terremoto. La champa tiene una pequeña entrada que hace las veces de cocinita donde hay una banca para sentarse. Delante de la cocinita está el lavadero. El recipiente del agua —que la acarrearán de uno de los tres chorros que hay en el campamento— es una lavadora vieja y redonda. Dentro del cuarto hay una pequeña división que separa el lugar donde duermen los padres. En esa parte hay un arcón de madera toscos, donde guardan algo de ropa. Parece que es el único lugar “seguro” de la casa porque tiene un candado.

Los muebles son una sillita y tres camastrones sin colchón, cada uno con una frazada. En una esquina del cuarto hay una repisa donde se guarda la caja y los implementos de zapatería. A la entrada de la casa hay un arbolito de guayaba que sembró don Paulino. La casa tiene además una puerta que da para atrás. La puerta es de dos piezas. Se puede levantar la parte superior con una caña para que entre luz. Pero la mayoría del tiempo está abierta una portezuela de cartón. Los niños juegan corriendo de una puerta hacia la otra. Obviamente no hay luz y se suelen alumbrar con candelas. Alrededor de la casa han hecho como un pequeño foso que impide que el agua se meta dentro de la casa. El piso es de una arena blanquecina.

La familia Fernández tiene un perro —que no está seco y es un Pastor Alemán— y unos patos con su prole. También han conseguido algunos pollitos. En la champa hay una radio/radiola algo vieja, de baterías. También se ven algunos libros desencuadernados y una revista que se llama “Cultura”. Al fondo de la casa hay unos zapatos viejos por arreglar o quizás ya desechados.

En ropa no tienen mucha variedad. Don Paulino parece que sólo tiene un pantalón, una camisa muy rota y otra más. Juan —el muchacho— estuvo durante toda nuestra estadía, con la misma mudada. Lo mismo Edgar, el niño de cinco años, quien siempre está desnudo pero tiene una camiseta. Prácticamente todos los niños sólo tienen una mudada. De hecho, según comentaba don Paulino, sólo muy de vez en cuando compran ropa, cuando sale mucho trabajo de junto. Parece que es Ana —cuando consigue algún trabajo esporádico— la que compra ropa para sus hijos y también para sus hermanillos.



Suelen hacer dos comidas en el día y alguna vez las tres. En cada tiempo se comen "hasta 70 centavos de tortillas que son a dos por cinco". Como decía don Paulino:

"Sólo para comer se necesitan 9 colones diarios, más medicinas y ropa. Candelas, y todo. Un cálculo que yo hago en un derivado, se van: leña 50 centavos, tortillas 2.10, café 40 centavos, frijoles 50 centavos, huevos 1.25... En veces, para variar, se compra 60 centavos de francés en la mañana. En la noche se van .30 de candelas. Jabón unos 40 centavos. Total son como unos 7.45 más la comida del perro —unos 90 centavos— y alguna cosa más, son los 9 colones." (511/- 35).

Es impresionante anotar que gastan casi un colón en mantener al perro pues brinda 'seguridad' a su champa desprovista de cierres y candados. Es decir que la familia Fernández necesita ganar por lo menos 9 colones al día para poderla pasar justísimamente. Además tienen que comprar, tanto don Pau-

lino como la niña Mila, material para poder seguir vendiendo al día siguiente. Haciendo un "derivado"—como le dice don Paulino al "promedio"— las ganancias diarias son:

"Las ganancias son: lunes, 5. Martes, 6. Miércoles, 1.50, jueves 3.50, viernes 5; sábado 12. Si es principio de mes entonces el lunes 12, el martes 14, miércoles 20, jueves lo mismo, viernes 10 y sábado 15. En los días que es primero de mes, me dicen las muchachas: maestro, aquí le dejó los zapatos la señora; pero sólo a los principios del mes. Los días malos son del 7 al 14 y del 14 al 21. Siempre yo procuro llenar los 9; si no alcanzo, pone la señora. Si no, ella mete y compra más mercancía. La ganancia de ella no es mucha. Cuando los días son malos no compro (material) porque no gasto material, pero cuando son buenos sí casi todos los días. Del neolite me cuesta 1.50 y tal vez le saco 12 colones. Suela de esponja vale 1.50 y más o menos lo mismo; el "Pega" vale 1.25 y dura bastante. El cáñamo cuesta 65, la pasta y la afilina, en fin el equipo entero para salir nuevecito cuesta como 10 colones. Pero nunca he podido ahorrar. Para ahorrar siempre he estado muy al ras. La vez pasada por andar de ahorrón si más se me muere el Juan, porque en ese tiempo yo estaba en una cooperativa de ahorro y poco a poco tenía ahorrado 25 colones. Pero me cayó grave porque estaba tapándosele las glándulas y le había caído difteria, y afligido porque ya he tenido experiencia de hospital, fui a buscar al que me tenía el dinero (. . .) cuando llegué a la casa sólo tenía ya dos colones". (511/-35)

Aparentemente, viendo que trabaja tanto don Paulino como la niña Mila podría creerse que devengan entre los dos algo así como 400 colones al mes. Sin embargo, no es verdad. Ganan lo justo para pagarla —9 colones diarios— y todo lo demás lo van invirtiendo en mercadería, que como dicen ellos "cada día se pone más cara", por ejemplo, en lo referente al calzado, y con todo, no se puede cobrar demasiado porque entonces ya no amerita para el cliente hacer reparaciones y el que pierde es don Paulino. . .

La prueba de que a duras penas llegan a los 9 colones diarios es precisamente su casa, su ropa, y sus flácidos cuerpos.

La foto dramática ha quedado ya revelada. Hemos presentado el campamento, sus problemas, su ambiente, su lenguaje, luego nos volvimos intrusos y visitamos el hogar de los Fernández. Realmente sólo estando desde allí puede uno calar lo que sig-

nifica ese mundo **lumpen**, ese mundo del desecho de la sociedad. ¡Qué triste se oye la lluvia, en las casas de cartón!...

Creemos que, con todo, la situación que vive don Paulino no puede considerarse como algo casual sino causado por un sistema. La ciudad tiene relativamente pocas industrias y la mayoría de la población urbana trabaja en el comercio incluido el comercio de menudeo, los servicios personales y las actividades artesanales en pequeña escala. Esas ocupaciones presentan una diversidad de situaciones de trabajo con muy pocos problemas en común y con frecuencia con mucha competencia entre los trabajadores. No es una situación como dice Roberts como para fomentar la solidaridad entre los trabajadores de bajos recursos. (Cfr. Roberts, 1968: 190). Es esta situación la que condena a don Paulino a ser necesariamente remendón, a desvincularse de sus parientes, a no establecer redes de amigos y a vivir en una champa en condiciones infrahumanas. Nada aquí es anecdótico, tampoco es biográfico, don Paulino y su familia se inscriben en la Historia de El Salvador y de su desorbitada capital que tiene un número de más de la mitad de hombres económicamente activos (54.1 o/o) que han migrado a la ciudad creyendo encontrar una "salida" a sus problemas. Con todo, esta salida es ficticia y la prueba de ello es el caso de don Paulino que representa un caso muy concreto pero por lo mismo muy significativo.

En este sentido las ideologías que pretenden excusar el problema, atribuyéndoselo a la haraganeería o a la necesidad de la gente, quedan muy mal justificadas. Don Paulino es un hombre sagaz, es trabajador, y sin embargo, no se le han abierto las puertas. La razón es que ya no se le pueden abrir. El sistema ha llenado su "cupó". Ya ni siquiera le sirve para ingresar a las filas del Ejército de Reserva que le ayudaría a mantener los salarios bajos. Ya don Paulino y tantos otros como él, son algo indeseable. Don Paulino ha sido así aislado de las posibilidades y de las prestaciones; ha sido marginado cada vez más y sus hijos llevan el mismo camino y con mayores agravantes.

Ante una situación de aislamiento y marginación don Paulino está condenado. Pero ¿por dónde canaliza él la búsqueda de salidas? ¿Cuál es el horizonte de sus expectativas? En definitiva, ¿en quién se apoya, ya que todo lo expulsa? De esto trataremos en la Segunda Parte.

BIBLIOGRAFIA

- | | |
|--------------------------------|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| Adams, Richard, N.
1970 | Crucifixion by Power. University of Texas Press. Austin & London. |
| Gunder Franck, André
1975 | La Inestabilidad Urbana, en: América Latina: Dependencia y Subdesarrollo . Aula, EDUCA. San José, Costa Rica. |
| Levi-Strauss, Claude
1962 | La Pensée Sauvage. Plon, París. |
| Lewis, Oscar
1966 a | "The Culture of Poverty", Scientific American , Vol. 215, XX. |
| Lomnitz, Larissa
1972 | "Supervivencia en una Barriada en la Ciudad de México", Demografía y Economía No. 19. Colegio de México, Vol. VI No. 3. |
| Marx, Karl
1974 | El Capital. Fondo de Cultura Económica, VI impresión. México. |
| Marx, Karl y Engels
1966 | Obras Escogidas. Ed. Progreso, Moscú. |
| Murdock, Peter et alii
1967 | Guía para la clasificación de los datos culturales. Libros Especializados, Ed. México. |
| Quijano, Aníbal
1975 | El marco estructural condicionante de los problemas de participación social en América Latina, en: América Latina . . . |
| Roberts, Bryan
1968 | "Politics in a Neighborhood of Guatemala City" Sociology 2 No. 2. |
| Valentine, Charles
1972 | La Cultura de la Pobreza. Amorrortu, Buenos Aires. |
| White, Alastair
1969 | The Social Structure of the Lower Classes in San Salvador; C. A. A Case Study of the Social Consequences of Economic Change. Ph. D. Dissertation. Cambridge. |
| Wolf, Eric
1971 | Aspects of Group Relations in a Complex Society, in: Peasants and peasant societies . Ed. by Teodor Shanin. Penguin Modern Sociology Readings. G. B. |